

Temporalidades yuxtapuestas. Reconfiguraciones del presente y el pasado en la *Historia de la conquista* de Cristóbal del Castillo

Ariana Thiele Lara¹

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

ariana.thiele@gmail.com

Resumen

Las formas de la temporalidad narrativa en las crónicas mestizas de la conquista de México son, al igual que los sujetos enunciadores que aparecen en estos textos, oscilantes. Con la finalidad de reescribir el pasado desde el presente —recuperando la versión indígena de los hechos—, Cristóbal del Castillo escribió en náhuatl su *Historia de la conquista* (ca. 1599). Aunque esta obra no se ha conservado completa, su carácter fragmentario no disminuye su potencia polémica: en su intento por reconstruir el pasado, el enunciador mestizo aparece como aquel que cuestiona los silencios y llena los vacíos dejados por la cronística colonial occidental. De este modo, la obra de Del Castillo pretende recuperar un pasado que, a pesar de la relativa cercanía temporal, elige caracterizar como distante, un “antes” que se constituye a partir de la conquista como quiebre y punto de referencia. Ahora bien, el pasado en esta crónica resulta inseparable del presente: ambas temporalidades —atravesadas por ciertos elementos de la lengua y la cosmovisión nahuas— se imbrican y yuxtaponen, produciendo un reordenamiento narrativo que reconfigura las cronologías de tradición occidental sobre la conquista.

Palabras clave: temporalidades narrativas; yuxtaposición; crónica mestiza

Para acercarse al archivo de la conquista de México, la cronística colonial aparece como una de las fuentes privilegiadas. Dentro de este grupo, las crónicas e historias de tradición occidental suelen ser las textualidades más abordadas; no obstante, hay otro tipo de fuentes, como las pinturas y los cantares de la conquista, que proponen perspectivas más arraigadas en la tradición indígena. Las crónicas mestizas, por su parte, se caracterizan por incluir elementos de estas dos tradiciones de forma transculturada:² ningún elemento

¹ Ariana Thiele Lara es estudiante de la Licenciatura y el Profesorado en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es adscripta a la cátedra de Literatura Latinoamericana I-A, donde desarrolla el proyecto "Figuras de la traición en las crónicas mestizas de la conquista de la Nueva España" con la dirección de la Dra. Valeria Añón y la Dra. María Inés Aldao.

² “Transculturación” es un término acuñado por Fernando Ortiz en *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940). Se trata de un concepto que permite entender la interacción entre culturas como un proceso dinámico, donde no hay una cultura que se imponga completamente sobre la otra, como se desprende del concepto de “aculturación”, sino que ambas culturas se modifican mutuamente. La transculturación es una categoría productiva para el estudio de las crónicas mestizas, ya que se trata de textos donde los elementos provenientes de la cultura occidental y la indígena ingresan a la obra transformados por los moldes de la cultura otra. Por ejemplo, la lengua náhuatl ingresa a través del alfabeto latino en la *Historia de la conquista* de Del Castillo, el español ingresa atravesado por los moldes del náhuatl en la *Historia de la conquista de México* de Sahagún, o bien, el texto escrito se ve atravesado por pictografías de tradición indígena que incluyen, a su vez, elementos

ingresa a la obra sin verse atravesado, en algún modo, por la cultura *otra*. Martin Lienhard define a estas crónicas como

crónicas que, casi independientemente del origen étnico de sus cronistas [...], reelaboran materiales discursivos o reales de la historia americana a través de unos procedimientos narrativos (verbales y/o pictográficos) de tradición heterogénea: indígena y europea (1983: 172).

Si bien son obras que demandan un abordaje interdisciplinar para poder ser estudiadas con exhaustividad, una de las contribuciones que puede hacerse desde el campo de las letras es un análisis enfocado en el plano de la enunciación.

Hay una serie de características comunes presentes en la discursividad desplegada en estas crónicas, una retórica propiamente mestiza. El rasgo más notorio es que el sujeto enunciator es oscilante, se halla escindido entre dos culturas: reivindica e idealiza el pasado indígena, pero también lo condena desde una perspectiva religiosa y defiende la conquista. Por otra parte, esta escisión cultural es también una escisión entre temporalidades, y este es el problema que abordaré a partir de un análisis de *Historia de la conquista* (ca. 1599) de Cristóbal del Castillo. Es una obra escrita originalmente en náhuatl de la que solo se conservan secciones. Tras pasar por las manos de varios coleccionistas, el manuscrito original se encuentra perdido y lo que se conserva son fragmentos. El texto al que hoy se puede acceder está compuesto por dos columnas: una transcripción en náhuatl de la versión original y, al costado, la correspondiente traducción al español, que respeta las formas de la lengua originaria.

Pese a su carácter fragmentario, se trata de un texto que, desde los márgenes del archivo, manifiesta un carácter polémico, ya que la visión de la conquista presentada por Del Castillo se arraiga en la perspectiva indígena y cuestiona los silencios de las versiones europeas. Entre estos cuestionamientos, destacan, por ejemplo, su versión de la Matanza del Templo Mayor y su narración de la “Noche Triste”. Es una obra que, a través de la reescritura, busca recuperar un pasado que el enunciator caracteriza como distante, un “antes” que se constituye a partir de la conquista como quiebre y punto de referencia. Ahora bien, el pasado en esta crónica resulta inseparable del presente: ambas temporalidades –atravesadas por ciertos elementos de la lengua y la cosmovisión nahuas– se imbrican y yuxtaponen, produciendo un reordenamiento narrativo que reconfigura las cronologías de tradición occidental sobre la conquista de México.

Cristóbal del Castillo inaugura este texto con un prólogo en donde pone su obra al servicio del lector futuro interesado por su historia:

provenientes de la cultura occidental, como las ilustraciones con perspectiva que aparecen en el *Códice florentino*.

todas las cosas escritas en este libro son el fin, la destrucción, la terminación del ser de los mexicas, desde que se extendió el agua divina, la hoguera hasta que los conquistó el capitán Hernando Cortés [...] cuando él introdujo [...] el divino resplandor solar de nuestro señor, el único *Dios*, Jesucristo, su verdadera fe (Del Castillo, 2001: 129).

A través de esta cita se evidencia, en primer lugar, la impronta del náhuatl en el texto, a través de su cariz metafórico, su prosodia y, fundamentalmente, los usos del difrasismo, “un procedimiento que consiste en expresar una misma idea por medio de dos vocablos que se complementan en el sentido, ya sea por ser sinónimos, ya por ser adyacentes” (Garibay, 1999: 115, 116). En segundo lugar, se exhibe un entramado de diferentes temporalidades. Se explicita al comienzo que la obra narra “el fin” de los mexicas, es decir, un pasado cuyos efectos en el presente pueden ser leídos en base a la ausencia: se trata del borramiento de un pueblo. Al mismo tiempo, la contracara de esta destrucción es el inicio de una era cristiana en México, que ancla, nuevamente, la *Historia* al presente de la enunciación. De esta manera, el texto presenta una oscilación abrupta en términos de campo semántico: hay un viraje entre el uso de un léxico vinculado a la pérdida catastrófica –relativo al discurso apocalíptico–, y el empleo de términos relacionados a la luminosidad para destacar la visión favorable que el enunciador tiene del catolicismo.

En este sentido, y en sintonía con otras crónicas mestizas, el enunciador se identifica con la figura del cristiano: mientras más cercano es su posicionamiento a la tradición indígena, más debe exacerbar las muestras de su devoción (Aldao, 2021), ya que, en el contexto colonial, situarse en un entre-lugar cultural implica convertirse en una figura sospechosa. Sin embargo, la proyección de este *ethos* cristiano en la obra de Del Castillo tampoco es definitiva, ya que se contradice con algunos gestos del cronista, como, por ejemplo, su decisión de hacer una explicación pormenorizada del calendario azteca a lo largo de varios capítulos (el 69, el 70, el 71, el 72 y un “capítulo sin nombre”) o la de fechar algunos acontecimientos de acuerdo con este calendario. Si la concepción cristiana del mundo –con su forma de registrar el tiempo a partir de la llegada de Cristo– es la única y la verdadera, ¿por qué el cronista le dedicaría espacio al calendario o a las fechas registradas por la tradición indígena? Algo similar ocurre con el registro de las locaciones, los nombres propios y los gentilicios, en tanto se incluyen las formas de nombrar que se corresponden con la perspectiva de los nativos. Por ejemplo, el enunciador asienta que al capitán Alvarado los mexicas lo llamaban Tonátiuh, y da cuenta de la historia tras este apelativo.³

³ “Al capitán Pedro de Alvarado lo llamaron Tonátiuh por causa del escudo de oro con el que se guarecía, que le regalaron cuando por primera vez lo fueron a encontrar los mensajeros de Motecuzoma en el mar, [cuando] aún estaban en sus barcos [los españoles]. Y él, Pedro de Alvarado, se había venido guareciendo con el escudo de oro, por lo que lo llamaron Tonátiuh.” (Del Castillo, 2001: 137)

Por otra parte, el texto no solo entretiene las temporalidades pasada y presente, sino que también emerge una proyección hacia el futuro:

cuando en el tiempo de quienes vivan y se hagan hombres se vaya a buscar, no será conocido como sucedió. Porque aquellas personas antiguas frente a quienes y en cuyo tiempo sucedió [...] ya fueron a Ximohuayan, ya los guardó Nuestro Señor *Dios*. Y este libro será como si siempre estuviera brotando, siempre estuviera germinando, siempre estuviera viviendo, para que en él vean y admiren todas las cosas que no vieron (Del Castillo, 2001: 129).

El enunciador anticipa que hay lectores en potencia que, cuando “se hagan hombres” en el futuro, querrán conocer el pasado, pero este les estará vedado por la pérdida del acceso a la fuente primaria, el relato oral de las “personas antiguas” cuyo presente estuvo signado por la conquista. De este modo, la figura del libro –o *amoxtili*⁴ en el original– aparece como un dispositivo capaz de sortear las encrucijadas temporales y preservar en su materialidad todo aquello que está sujeto a perderse, o a ser borrado. El libro reactualiza el pasado, lo hace accesible para el presente y lo proyecta hacia el futuro, como si fuera una semilla que puede “germinar” y “brotar”, desplegando su contenido ante el lector. Ahora bien, tanto el libro como el acto de lectura no son presentados en los términos de la tradición letrada occidental, sino que el enunciador se los reapropia y los presenta en relación con una ciclicidad característica del universo nahua. Mientras que al libro se lo describe a partir de una metáfora que apela al resurgir de la naturaleza, el acto de leer la historia se configura como una búsqueda por recuperar el pasado que se emprende al madurar, al “hacerse hombre”.

Otro elemento a considerar para analizar la yuxtaposición de temporalidades son las secciones del texto en las que el enunciador se desvía de la narración histórica principal para agregar información respecto del presente o del pasado indígena más remoto:

el *capitán* Hernando Cortés, hizo su morada en la casa de crianza de Motecuzoma, cuyo gran palacio y morada estaba ahí donde ahora está la Audiencia. Y la casa de crianza de Motecuzoma estuvo donde ahora está la casa del Marqués Capitán Don Hernando Cortés (Del Castillo, 2001: 153).

En este caso, el texto apunta a reconstruir las transformaciones sufridas por la ciudad de Tenochtitlan tras el triunfo del asedio de Cortés. A través del difrasismo y el cruce de temporalidades, el enunciador construye un doble relato: por un lado, el de la modificación espacial y, por el otro, el del cambio de la dinámica de poder. Primero, aún dentro del relato histórico, mediante el uso del tiempo pasado se alude a Cortés como capitán y se menciona que construyó una residencia tras vencer a los mexicas. Ahora bien, a partir de la inclusión del primer segmento subordinado –“cuyo gran palacio y morada estaba ahí donde está la audiencia” (Del Castillo, 2001: 153)– emerge un salto temporal hacia un pasado aún más

⁴ Es un término que se traduce como “libro antiguo” o “códice”.

distante que el del final de la guerra: se trata del pasado indígena, el tiempo en que la casa de Motecuzoma era un “gran palacio” (153). El “ahora” (153), por su parte, convoca al lector al presente, en donde la relación de poder se ha invertido: Motecuhzoma ha sido depuesto y Cortés no es solo un capitán conquistador, sino que ostenta el título nobiliario de Marqués.

Un gesto similar caracteriza la narración de la llegada de los primeros misioneros franciscanos:

dieron orden a los caciques de que [...] lo barrieran todo y que levantaran todas las piedras que habían caído en el tiempo de la guerra [...] Luego que se acabó el barrido [...], fueron los religiosos a morar al sobredicho Totocalco, [...] en donde está fundado a la presente el Convento de San Francisco. (Del castillo, 2001: 161).

Se produce, así, un inmediato reemplazo de una estructura cultural por otra: tras ser forzados a barrer los residuos de la edificación anterior producidos por la violencia de la guerra, los indígenas deben construir moradas para los europeos sobre las ruinas de un espacio propio. Aparece, de este modo, una superposición de ciudades separadas por el tiempo pero que coexisten, porque son, en realidad, la misma ciudad, y los restos del pasado persisten bajo los cimientos de las edificaciones nuevas.

Esta yuxtaposición de temporalidades que se entreteje a lo largo de *Historia de la conquista* de Cristóbal del Castillo es una modulación particular de la retórica mestiza que la atraviesa. Es decir, apela a un abanico de recursos que también operan en otras crónicas de este tipo para construir una narración articulada por una visión singular de los hechos: la conquista se configura como un umbral que signa el fin de una era y el comienzo de otra, una clausura que aparece como necesaria pero que también se describe en clave de pérdida. Sin embargo, tampoco es una pérdida definitiva, ya que la obra se constituye como un dispositivo que proyecta el pasado sobre el presente y hacia el futuro. En este sentido, el enunciador no solo registra acontecimientos pasados en forma de letra muerta, sino que da cuenta de los cambios producidos a partir de la conquista en un gesto que restituye el lugar de lo preexistente: hay una reapropiación del pasado a través de la escritura que da cuenta del proceso de construcción de una memoria activa.

Referencias bibliográficas

Aldao, María Inés (2021). “Crónica mestiza”. En: Colombi, Beatriz (coord.), *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, pp. 149-154.

Del Castillo, Cristóbal (2001). *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos. Historia de la conquista*. Edición y estudio introductorio de Federico Navarrete Linares. México: Conaculta (Cien de México).

Garibay K., Ángel María (1999). *Llave del náhuatl, colecciones de trozos clásicos, con gramática y vocabulario nahuatl-castellano, para utilidad de principiantes*. México: Editorial Porrúa.

Lienhard, Martin (1983). “La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 17, pp. 105-115.